Visión universal del Fundador del Opus Dei

Jordi Cervós

Catedrático emérito de la Universidad Libre de Berlín
Ex rector de la Universitat Internacional de Catalunya

Desde el primer momento de la fundación del Opus Dei, el beato Josemaría dejó claro que la Obra había nacido con un carácter universal. En la primera bendición con el Santísimo que dio a tres chicos en los comienzos de su apostolado con estudiantes, nos recordaba cómo detrás de ellos vio a una multitud de diferentes razas, continentes, etc. Veía ya la universalidad de la Obra.

En 1934 dejó por escrito, en uno de los primeros documentos acerca del espíritu sobrenatural del Opus Dei, que la Obra no había venido a solucionar un problema local que entonces existía en España de anticlericalismo, de persecución de la Iglesia, de liberalismo decimonónico, etc., sino a abrir un camino para todas las personas de todas las clases, de todas las razas y de todas las condiciones sociales para que se santificaran a través del trabajo en medio del mundo. Sentía como vivencia inmediata las necesidades materiales y espirituales de las personas individuales y de las multitudes. Tal como relata D. Álvaro del Portillo: *Recuerdo un suceso de agosto de 1958, durante una de las estancias de nuestro Fundador en Londres. Un día caminaba con alguno de nosotros por las calles de la City y, al pasar ante la sede central de los bancos más famosos y de las más antiguas empresas comerciales e industriales, se quedó sobrecogido por aquel poderío. Por contraste, sintió toda su personal debilidad.*

El Señor permitió que en ese momento el Padre se diera cuenta muy vivamente de su impotencia para llevar adelante, tan sólo con sus propias fuerzas, la empresa sobrenatural que le había sido confiada. Pero le reafirmó al mismo tiempo con una locución interior, que dio nuevo brío a su esperanza: «Tú no puedes, pero Yo sí» (Entrevista sobre el Fundador del Opus Dei, p. 110, 1).

Su apostolado fue siempre universal, abarcando enfermos y sanos, intelectuales y obreros. En sus viajes por Latinoamérica, en los años 1970 (México), 1973, 1974 y 1975, hizo hincapié en la necesidad de promover obras sociales que permitieran vivir dignamente a las personas del campo. Estas labores son ahora una realidad.

Esta universalidad fue además, desde el primer momento, vista no sólo geográficamente sino también en el tiempo, porque como él decía, siempre habrá gente que trabaje en el mundo. En sus conversaciones salía con frecuencia esta visión histórica. Por ejemplo, comentaba que en una ocasión, una persona con buen corazón pero sin fe, señalando un mapamundi, le había comentado: He aquí el fracaso de Cristo. Tantos siglos procurando meter en el alma de los hombres su doctrina, y vea los resultados: no hay cristianos. Frente a esto, el Fundador del Opus Dei reaccionó con esperanza, pensando que Cristo no ha fracasado: su palabra y su vida fecundan continuamente el mundo (Es Cristo que pasa, n.129). La obra de Cristo, la tarea que su Padre le encomendó, se está realizando continuamente, su fuerza atraviesa la historia trayendo la verdadera vida.

El sentido universal del beato Josemaría coincidía con su sentido de catolicidad, por eso tan pronto como pudo fue a Roma y estableció allí el gobierno central del Opus Dei, por la proximidad de Pedro, fundamento de la Iglesia Católica Universal. En una homilía (Es Cristo que pasa, n. 150) hablaba de nosotros como granos de trigo que la mano llagada de Cristo cogía, apretaba, los empapaba con su sangre y luego esparcía por todo el mundo. Por esto, cuando yo le pregunté en otoño de 1951, cuándo íbamos a empezar la labor de la Obra en Alemania, mi pregunta reflejaba la inquietud apostólica universal que el Fundador del Opus Dei nos había transmitido. Su respuesta fue otra pregunta: *¿Sabes*

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

alemán? Yo contesté, aunque he de reconocer que algo balbuceante pues no había aprovechado bien el poco alemán del bachillerato: *Sí, Padre.* Él me dijo: *Pues vas a ir a Alemania a comenzar la labor.* Estas palabras decidieron la gran aventura que me llevó a trabajar durante cuarenta y ocho años en dicho país.

En los comienzos de la labor en Alemania, cuando las dificultades con el idioma y la escasez de medios materiales eran acuciantes, el Padre nos visitó varias veces, para animarnos. Nos sorprendió su conocimiento de la historia y de la actualidad alemana en su contexto europeo. Llamaba la atención cómo el Padre se interesó por las peculiaridades de nuestro país y al mismo tiempo pensaba en toda la Obra. Un día, en una tertulia nos contó que había llenado las autopistas de Alemania con Avemarías y canciones.

El 30 de noviembre de 1955 llegó a Bonn para salir el 3 de diciembre hacia Viena. Al volver cuatro días después, nos contó que había visitado la imagen de Santa Maria Poetsch en la Catedral de Viena y pedido su ayuda para el trabajo apostólico en los países detrás del telón de acero. En la agenda de algunos el beato Josemaría escribió *¡Sancta Maria Stella Orientis, filios tuos adiuva!*, (Santa María, Estrella de Oriente, ayuda a tus hijos) . Cuando parecía que el mundo, entonces comunista, era algo distante, como de otro planeta, el beato Josemaría encomendaba –y nos pedía que lo hiciéramos también nosotros– el regreso del Cristianismo a estos países.

En un paseo que hicimos vio una fuente cerca de la catedral de Colonia en la que el agua corre por una espiral, y me pidió que la fotografiase, pues era un motivo ornamental que podía utilizarse en Roma. Este detalle reflejaba su interés por todas las manifestaciones artísticas y culturales de los distintos países que visitaba en su labor apostólica. Lo mismo pude observar cuando en su estancia en Couvrelles, en Francia, a menudo preguntaba a cada uno detalles sobre su trabajo profesional. A mí, por ejemplo, sobre todo a partir de 1959, muchas de las veces que pasé por Roma con motivo de algún congreso, me preguntaba bromeando: *¿Cómo van tus cerebros?*. En una de esas ocasiones se enteró que se me habían escapado unos monos con los que estaba experimentando y se divirtió mucho cuando conté cómo había conseguido cazar los que habían salido a la calle y jardines de los alrededores. Era sorprendente que junto a una visión universal que abarcaba todo el mundo, no dejaba de interesarse por detalles personales.

Con ocasión de mi última estancia en Roma, el 16 de marzo de 1974, el Padre, que sabía de mis caminatas por los bosques de Berlín, quiso que diéramos un paseo juntos. Estuvimos paseando los dos solos cerca de media hora, en una galería de Villa Tevere. Durante todo el tiempo el Padre me animó, haciendo hincapié en la virtud de la esperanza, y se volcó con palabras esperanzadoras sobre el desarrollo apostólico de la labor en Alemania y en la Europa central, al mismo tiempo que me contaba todo el panorama apostólico de otros países. Se veía que tenía presentes las personas y la labor en los cinco continentes. Al terminar, y hablándome de cómo había de ser nuestra actitud de adoración frente a la Santísima Trinidad, el beato Josemaría quiso mostrarlo con su actitud y empezó a inclinarse, tanto que yo tenía miedo que se lesionase la columna vertebral. Este último recuerdo del Fundador del Opus Dei profundamente inclinado en señal de reverencia frente a Dios no se me olvidará jamás. Era evidente que su universalismo se fundamentaba en Dios Padre, Creador del Universo, en Jesucristo, Redentor de toda la Humanidad y en el Espíritu Santo, Renovador de la faz de la tierra.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

© *by* EDICIONES RIALP, S.A., Sebastián Elcano, 30, 28012 MADRID.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei